

DE CABALLOS QUE HACEN CABALLEROS. FIESTAS ECUESTRES DE SAN JUAN Y HONOR NOBILIARIO EN LA EUROPA MEDITERRÁNEA

Pedro García Martín*

“El caballero debe cabalgar, justar, correr lanzas, ir armado, tomar parte en torneos, hacer tablas redondas, esgrimir, cazar ciervos, osos, jabalíes, leones, y las demás cosas semejantes a éstas que son oficio de caballero; pues por todas estas cosas se acostumbran los caballeros a los hechos de armas y a mantener la orden de caballería”.

(Ramón Llull: *Libro de la Orden de Caballería*, c. 1275)

El icono lo grabó el buril del Medioevo: el caballero montando noble cabalgadura equina y secundado por su escudero. Así partieron los héroes de la Tabla Redonda a la búsqueda del Santo Grial. Lo propio hicieron los aventureros que se adentraron en el monte Pilatos en busca del Paraíso de la Reina Sibila. De tal guisa eran las xilografías que acompañaban a los Libros de Caballería, a la mayor loa de las empresas de sus esforzados campeones, y las miniaturas que iluminaban en los Libros de Montería el honroso ejercicio de la caza, cinegético sucedáneo de la guerra. Esa era la pose a mantener dentro de la etiqueta del torneo y la justa. Aunque el negativo de la plancha lo reveló Alberto Durero en su grabado *El caballero*, la muerte y el diablo, sustituyendo al paje por el demonio que sostiene un reloj de arena, el tiempo efímero de la vida humana, y enmarcando la escena por la única prueba iniciática insuperable que es la muerte.

Esta transición secular operada en la escala de valores nobiliarios en el tránsito del feudalismo al capitalismo mercantil, cuenta entre los primeros reflejos literarios con la obra del dominico lombardo Jacobo de Cessolis. Nuestro modesto buen monje compuso entre 1300 y 1330 el tratado conocido como *Ludus Scacchorum* o *Juego del ajedrez*, en el que el tablero se tomaba como traslación en miniatura del gran teatro del mundo. En este escenario estamental, los movimientos de las piezas, reflejados en gestos y costumbres, obedecían a los códigos piramidales de la sociedad feudal. Mas no de un mundo estancado y perenne, sino en el que irán cambiando los símbolos, al punto de dejar de ser el ajedrez un mero simulacro de la guerra para que sus figuras asuman nuevos roles. De ahí que los atributos del rey y la dama brillen junto a los de los aristócratas y roques por encima de los oficios populares, apuntalándose la teoría del orden jerarquizado, en pasajes en los que se afirma de modo meridiano que “la vida de los nobles se asienta en la vida de quienes trabajan” o que “el rey es gloria de todo el pueblo”.

Además, hay una llamada de atención respecto a la avidez y coacción de los poderosos, cuando se advierte que “caballeros, soldados y hombres de guerra se mueven en torno a tres

* Universidad Autónoma de Madrid.

puntos, los dos primeros de frente o de lado, y el tercero más de soslayo que los otros. Esta forma de andar y capturar representa a los nobles, que tienen tres condiciones: la primera, la pompa; la segunda, la generosidad, y la tercera, la loca osadía". Lo que no es óbice para asignarle como virtud honorable y visible en su figura la del personaje ecuestre: "Reconoceremos a la figura del caballero y hombre de guerra ensillado sobre su caballo, armado con todas las armas y coronado con el laurel de la victoria. El caballo será domado convenientemente y enjaezado para la batalla... No gozan de tal condición y estado hasta ser elegidos y designados para ser armados caballeros, a saber, para llevar vida nueva y nuevas costumbres".¹

Por eso, cuando en los siglos modernos los estamentos privilegiados tomen el testigo de los símbolos de sus ancestros, los complementos del servidor y del caballo pervivirán en la esfera de las representaciones. Tomemos como socorrido ejemplo el inagotable magín de Miguel de Cervantes, cuando nos muestra a don Quijote haciendo los preparativos para ingresar en la orden de la caballería andante y, antes que escoger dama a quien servir y escudero que le sirviese, eleva a su rocín a la categoría de caballo y le bautiza como Rocinante "porque no era razón que caballo de caballero tan famoso, y tan bueno él por sí, estuviese sin nombre conocido".²

Pero, más allá de la parodia del género de caballería, el arquetipo parece entronizado en la sociedad del Barroco, en la que uno de los distintivos visibles de la calidad aristocrática era la pertenencia a una Orden Militar. La imagen del honor iba asociada a la insignia bordada en el pecho que suponía el prestigio de la nobleza y la limpieza de sangre. De ahí que en el interrogatorio que se hacía a los testigos en los expedientes de solicitud de hábito santiaguista se incluyera la pregunta de: "Si saben que el dicho pretendiente sabe, y puede andar a cavallo, si tiene, y cómo, y de qué manera lo saben".³ En la Regla de los hospitalarios de San Juan, y antes de ser calzado con espuelas de oro en el acto de investidura, el aspirante prometía: "Como el Cavallo teme las espuelas que con furia le compelen a hazer lo que deve, assí nos havemos de temer de hazer cosa fea".⁴ Y en la iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén todo peregrino que se preciase asistía a una ceremonia más facultativa que solemne en la que "el mismo padre Guardián le calza dos espuelas de la brida, (...) para que (con la espada) las uses para tu defensa y de la Santa Madre Iglesia, y para confusión de los enemigos de la Fe Cristiana".⁵

Que la equitación era considerada como un arte aristocrático lo sentirá Velázquez en primera persona, pues, al solicitar el hábito de caballero de Santiago, entre los argumentos con que avalan su hidalguía los testigos más favorables, se señala como prueba de distinción el hecho de que el pintor sabía montar bien a caballo. De poco valió esta cualidad para el Consejo

¹ Este artículo, amén de su contenido historiográfico, pretende rendir homenaje a un islarío mediterráneo que ha tiempo me cautivó –Menorca, Cerdeña, Rodas, Malta...– y al que quería devolverle el favor de unas modestas líneas plenas de gratitud. Las valoraciones de Jacobo de Cessolis en **El juego del ajedrez o dechado de Fortuna**, Madrid, Siruela, 1991, pp. 35 y 97.

² El lector enseguida habrá ubicado la cita cervantina en la Primera Parte, Capítulo I de **El Quijote**.

³ Archivo Histórico Nacional, Órdenes Militares, Expedientes de Hábito, "Interrogatorio... para las pruebas, e informaciones para el Abito de la Orden de Santiago, que pretende". Pregunta nº 7.

⁴ Fray Raymondo de Podio, **Regla de los Cavalleros de la Milicia del Hospital de San Juan Bautista de Jerusalén**, Madrid, Zaquizami, 1996, p. 41. Prólogo de Antonio Pau; y Raimundo Martínez de Orgambide: **Ceremonial para armar a los cavalleros, i dar el ábito, i profesión en la ínclita religión de San Juan de Jerusalén**, Valencia, Imprenta de Antonio Bordázar, 1731, p. 11.

⁵ Pedro García Martín, **La cruzada pacífica. La peregrinación a Jerusalén de don Fadrique Enríquez de Ribera**, Barcelona, El Serbal, 1997, p. 140.

de las Ordenes, que le denegó la concesión una y otra vez, hasta que Felipe IV como Administrador de las mismas tomó la decisión personal de otorgárselo en 1658, y nuestro maestro pudo al fin pintarse la cruz roja sobre el pecho en *Las Meninas*.

Además, las esculturas y retratos ecuestres estaban de moda entre aristócratas y monarcas, a la mayor grandeza de los señores y la Corona. Así, entre las primeras no deja de ser significativo el picadero que la lacustre Venecia tenía en la plaza presidida por el *condottiero Colleoni del Verrochio*, y donde se ejercitaba en la doma lo más granado del patriciado de su Serenísima República. Mientras que los segundos muestran una amplia gama de modelos, que va desde la majestuosidad imperial y triunfante con que el Tiziano rodea a Carlos V en Muhiberg hasta la reiteración del género por la paleta velazqueña, con Felipe IV como imagen de la soberanía real, el príncipe Baltasar Carlos de la continuidad monástica y el Conde Duque de Olivares del poder político. La estampa del caballero mostrando destreza como jinete daba marchamo de nobleza indiscutida y se hacía pública en las fiestas de afirmación estamental.

Los milites del Bautista en Malta

De acuerdo con los tratadistas de los siglos XVI y XVII, la nobleza generosa que confería la milicia del Hospital de San Juan era la más limpia y superior de la jerarquía aristocrática, por lo que la pertenencia a esta sacra Religión formaba parte de las estrategias familiares de los grupos de poder en la Europa católica. De ahí que la cultura cortesana de los caballeros de la cruz blanca, desde el ritual del Magisterio y el Convento hasta las ceremonias religiosas y actos lúdicos, hizo de aquéllos los portadores de la civilización nobiliaria de la Cristiandad en guerra justa y permanente contra la Media Luna.⁶

Cuando Carlos V cedió en 1530 a la Orden el archipiélago de Malta y el presidio de Trípoli como feudo libre y franco, poniendo fin a la trayectoria errante que había sucedido a la pérdida de Rodas a manos del Gran Turco, los milites del Bautista llevaron consigo a su nueva sede no sólo el espíritu cruzado que les definía, sino también un calendario vital que hubo de engranarse en el de las ínsulas anfitrionas. De manera que del mismo modo que se segregó a la nobleza maltesa de su pertenencia al instituto jerosolimitano, replegándose ésta hacia sus palacios en la vieja capital de *Città Notabile* (la actual Medina) y asentándose aquél en el Gran Puerto (las llamadas Tres Ciudades: Birgu o Vittoriosa, Cospicua y Senglea) los freyres y sus súbditos celebrarón sus respectivas festividades y tradiciones, aunque con participación conjunta en el protocolo de las mismas.

En este sentido, constituía todo un espectáculo público el ritual de las galeras sanjuanistas haciéndose a la mar para correr costas y caravanas y limpiar los infestados mares de corsarios infieles, puesto que de forma disciplinada desplegábanse banderas y remos rojos, vistiendo los caballeros túnica escarlata con cruz blanca en el pecho y cerrando el puerto a cal y canto en previsión de ataques sorpresas. Además, el protocolo de las armadas cristianas en Ligas antiturcas y ceremonias comunes asignaba a la galera del Gran Maestre el puesto de Patrona Real, lo que permitía a la nao maltesa situarse a la derecha de la del Rey de España y a la izquierda de la del Papa.⁷

En vano hemos buscado entre los fondos de la *National Library* de Malta, alguna descripción de las fiestas en el tiempo de la llegada de los sanjuanistas, para ver cómo se

⁶ Véase Pedro García Martín y Angelantonio Spagnoletti, "Cuando San Juan se hizo Malta", *Historia* 16, nº 225, enero 1995, pp. 61-66.

⁷ Pedro García Martín, *La cruzada pacífica...*, op. cit., pp. 52-53.

imbricaban las foráneas en las autóctonas, pero en cambio nos ha sido posible reconstruir el proceso a través de los testimonios de viajeros ilustrados.⁸

En este sentido, los eventos malteses por excelencia eran la procesión de San Jorge, en la que participaban toda la jerarquía eclesiástica y las cofradías; los Carnavales, donde los disfraces culminaban con el asalto a una Cucaña en forma de entramado de viandas; San Lorenzo, que todavía hoy ve a los pueblos engalanarse con banderas españolas en honor al mártir que sufrió tormento en la parrilla; y, sobre todo, el día de San Pedro y San Pablo, con misa en la catedral de Medina, carreras ecuestres, comida en el Bosque o casa de campo del Gran Maestre y serenata nocturna en la que los campesinos bailaban ataviados con sus vestidos nupciales.

En cambio, por influencia de las familias rodiotas que acompañaron a los caballeros exiliados era costumbre el primero de mayo decorar con ramas las viviendas, las puertas de las Grandes Cruces y el palacio magistral. En la Asunción, junto a las coloristas barcas de los pescadores, las galeras adornadas con pabellones y banderolas protagonizaban regatas, y la música y las canciones se prolongaban hasta bien entrada la noche. Y, cómo no, los soldados de Cristo se adornaban el día de su santo dilecto envueltos en “este manto con estas puntas que tenemos puesto sobre nuestras espaldas, (y que) significa la piel de Camello que el glorioso San Juan Bautista nuestro Patrón llevaba en el desierto, menospreciando las vanas glorias de este mundo”, y le honraban con actos religiosos y lúdicos.⁹

De entrada, aquéllos tenían lugar en La Valetta, la nueva capital creada por el Maestre del mismo nombre tras el gran asedio turco de 1565 con el fin de convertirla en una plaza y un puerto inexpugnables, lo que les desmarcaba del almanaque tradicional maltés; al punto que, abundando en nuestra tesis de superposición cultural, hoy día San Juan no es fecha festiva para la reciente República de Malta a pesar de los dos siglos y medio de presencia hospitalaria y de poseer una población mayoritariamente católica.

Además, el punto de encuentro era la concatedral del Convento, cuyo enlosado alberga las sepulturas de muchos de los grandes linajes europeos, de donde partía una majestuosa procesión encabezada por el Gran Maestre y seguida por los miembros del Consejo ordinario y en orden de estados por *milites*, *capellani* y *servientes armorum*. Las tropas alineadas en las calles con su uniforme de gala presentaban armas y los cañones de los fuertes lanzaban salvas.

Pero quizás lo más interesante para nosotros es que después del ágape la calle principal que enlaza la fortaleza de San Telmo con la Puerta Real se convertía en un improvisado hipódromo, situándose en una tribuna de meta el Castellano y los Jurados para supervisar las llegadas y hacer cumplir el reglamento, y desarrollándose cuatro modalidades de carreras cuyo interés seguía un ritmo *in crescendo* entre los espectadores.

De esta forma, como anota en el correspondiente impreso un testigo francés: “La primera carrera es la de hombres a pie, la segunda de asnos denominados en Malta ‘Janets’, cuya raza es soberbia, la tercera de jumentos, y la cuarta de caballos. Los ‘Janets’, los jumentos y los caballos no llevan silla ni brida y son montados a pelo por unos niños de doce a quince años que les golpean continuamente con ambas manos y con fustas de cuerda. Toda la tarde la villa está iluminada”.¹⁰ El premio a los esforzados ganadores de la competición consistía en la entrega de unos bastones forrados de oro y plata. Los fuegos artificiales, a los que son tan aficionados los malteses, ponían broche de oro al día grande del patrón de la Religión del Hospital.

⁸ La descripción más detallada la hemos hallado en la obra impresa **Malte par un voyageur françois**, 1791, 2 partes, 121 páginas.

⁹ Fray Raymondo, op. cit., p. 56, y Raimundo Martínez, p. 20.

¹⁰ **Malte par un voyageur...**, op. cit., II Parte, p. 54.

Cuando Menorca ve el sol *com balla*

De acusado talante estamental son los festejos que se vienen desarrollando en Ciutadella por Sant Joan y en los que se ha querido ver un acusado mimetismo con los de los caballeros de Malta. Lo cierto es que en el caso menorquín el prolegómeno a la eclosión del 24 de junio tiene lugar el domingo anterior, llamado *Es Dia diés Be*, cuando un personaje que representa al Bautista, ataviado con dos pieles ovinas –aunque las del santo eran de camello– y portando sobre sus hombros un cordero adornado con lazos de colores, realiza más de un centenar de visitas seguido por la multitud para anunciar el evento.

Los actos se inician la víspera con recorridos de la colcada o cabalgata, que muestran como constantes los jaleos en los que se encabrita a los negros caballos de la isla para dar unos cortos saltos entre la muchedumbre y el respeto a los *Protocols* o normas del festejo, lo cual hace que siempre se guarde el mismo orden en las marchas procesionales. Este último responde al origen social de los integrantes de la junta de la cofradía sanjuanista, así como su variada indumentaria decimonónica, de forma que el cortejo lo encabeza un guía llamado *Fabioler* a lomos de asno y tocando flautín y tamboril; seguido del *Caixer Fadri*, soltero que hace de portaestandarte; el *Caixer Menestral*, que como representante del gremio artesano ha de ejercer una profesión manual; dos *Caixers Pagesos*, elegidos entre los payeses de distinta comarca y encargados de regalar el be; el *Caixer Senyor*, mayordomo noble que preside toda la organización y que sale de las familias de mayor raigambre aristocrática; *Sa Capellana* o eclesiástico que cuida de la asistencia religiosa en los oficios, y, por último, los *Cavallers*, los jinetes en teoría de procedencia campesina que protagonizan las cabriolas y juegos ecuestres.¹¹

En la bibliografía al uso se vienen repitiendo cuando menos dos tópicos sobre esta estructura ceremonial: uno es que representa a toda la sociedad ciudadelana, cuando en realidad sólo figuran los estados privilegiados –nobleza, clero, oficiales y labradores propietarios pero no asalariados– y no las capas populares, las mujeres o los grupos foráneos –militares, funcionarios, comerciantes–, amén de responder a una jerarquía estamental y no de clases; y otro que la etiqueta es inmutable al paso del tiempo, si bien poco a poco se van incorporando novedades –participación de amazonas, jinetes procedentes de profesiones liberales, imitación de los jaleos en otros pueblos de la isla, etc.– que comienzan a minar la base más tradicional de San Juan en favor de la fiesta entendida como artículo de consumo de masas, tal como acontece en otras celebraciones etiquetadas como populares o de interés turístico nacional.

En cuanto al desarrollo del ritual, la tarde que antecede a San Juan la cabalgata que deambula por la ciudad entre jaleos y *caragols*, en los que los equinos se ponen de manos y dan vueltas respectivamente, asisten al canto de “completas” en la ermita de Missa, sus miembros son invitados por el *Caixer Senyor* a un convite de pastas y bebida en su palacio familiar y la comitiva retorna a las calles durante casi toda la vigilia a los acordes de pasacalles interpretados por la banda de música y en medio de una lluvia de avellanas.

Por la mañana se repiten saltos y caracoles de las cabalgaduras en la plaza del Born y en las tortuosas calles de Ses Voltes y se asiste a misa mayor en la catedral. Mientras que al atardecer tienen lugar los juegos ecuestres en la explanada de Es Pla: *s'esortillà* en el que se ensartan sortijas con lanzas de madera, *ses carotes* donde se trata de romper al galope escudos de madera pintados con caricaturas de personajes populares y el de *còrrer abrassats* cuya pericia está en cabalgar dos jinetes abrazados en sendos caballos. Después de las justas y de la entrega

¹¹ El reglamento, vestimenta y abundante material fotográfico puede verse en Josep Pons Lluch, *Protocols de les festes de Sant Joan de Ciutadella*, Ciutadella, Nura, 1989 (1ª ed. 1977); y *Las fiestas de San Juan de Ciudadela*, Barcelona, Bankunión, 1980.

de premios sólo resta el retorno a las calles céntricas y la despedida hasta la próxima edición sanjuanista con sonoros y multicolores fuegos de artificio.

Ahora bien, el epicentro de la polémica que vienen sosteniendo los estudiosos menorquines gira en torno a los orígenes de la fiesta, pues, mientras unos hablan de su introducción por parte de los caballeros del Hospital, otros insisten en su carácter autóctono y mezclan en su creación motivos civiles y religiosos.

La primera corriente arranca de la obra decimonónica de Rafael Oleo, retomada en los años 30 de nuestro siglo por Jaime Vidal y Andrés Bosh, que parten de la ambigua tesis de unas celebraciones “que se pierden en la noche tenebrosa de los tiempos”, para añadir que éstas se iniciaron con la reconquista de la isla por Alfonso III a fines del siglo XIII, al que acompañaban freyres sanjuanistas que pasaron a formar parte del estamento noble en la fábrica parroquial de San Juan de Artrui y en las cabalgatas portando la bandera de la cruz blanca. Además, la influencia melitense la corrobora “el hecho de que en Sicilia (sic), último asilo de dicha memorable Orden, se celebraba, en la ciudad de la Veleta, la fiesta de San Juan en una forma semejante a la nuestra”, por lo que al restablecerse la Concordia de Menorca en 1472 se importarán las caballadas para fomentar la habilidad guerrera de los jinetes.¹² Esta interpretación adolece de continuos desfases cronológicos, pues tanto en la repoblación de los monarcas aragoneses como en la recuperación de estatutos bajomedievales los milites del Bautista estaban en Rodas y nada sabemos de sus ceremoniales, amén del *lapsus memoriae* de confundir Sicilia con Malta.

La segunda postura aparece más diversificada en el espacio y en sus argumentos, desde el artículo de Jos, Cortina en 1917 vinculando la colcada a una más de las romerías celebradas en las ermitas de cada pueblo, al de Jos, Cavaller en 1936 apuntando que al principio sólo se celebraba en la víspera de San Juan y que las justas y torneos medievales habrían ido modificándose según las circunstancias y los tiempos lo han requerido, para culminar en la postura más radical de Josep Pons en los años 70 y 80 que niega cualquier conexión con la Orden de Malta y sostiene el injerto de los juegos ecuestres con la organización de la Obrería de San Juan a principios del siglo XIV y la adaptación de ambos a los cambios históricos.¹³ Sin embargo, resta dar una explicación convincente a la presencia de la bandera de la cruz ochavada, custodiada por el Caixer Senyó en su domicilio y llevada por el *Caixer Fadri* en todos los actos festivos, así como a la presencia de ingredientes —del cordero a las imágenes en casas y templos— afines a la parafernalia sanjuanista.

El estado de nuestra opinión, a falta de nuevas fuentes que la modifiquen en un sentido o en otro, nos lleva a rechazar la idea de una reproducción sistemática del ritual de la Orden de San Juan en Menorca, puesto que aquél fue evolucionando en sus sucesivas sedes palestina, rodiota y maltesa, y, además, como hemos visto en la descripción de las carreras de La Valetta, el ceremonial y la vestimenta eran distintos y sólo el protagonismo del caballo el día del Bautista aparece como el elemento común. Menos probable aún se nos antoja que el nexo de conexión entre las fiestas de ambas islas sea haber estado bajo dominación británica. En cambio, más acertada nos parece la propuesta metodológica de analizar las fiestas como una superposición diacrónica de elementos de procedencia variada, entre los que se incluiría en un momento por

¹² Rafael Oleo: “Las fiestas de San Juan”, *El Provenir*, 1873; Jaime Vidal Villalonga, “Las fiestas de San Juan en Ciudadela”, *Cuadernos de Menorca* n° 17, Menorca, Nura y Sicoa, 1991 (1ª ed. 1931); y José Bosh y Anglada, *La fiesta de San Juan en Ciudadela*, Menorca, Nura, 1987 (1ª ed. 1932).

¹³ José Cortina Ferrer, “La Cabalgata”, *Revista de Menorca*, 1917, p. 251 y ss; José Cavaller Piris, “Fiestas de San Juan”, *Cuadernos de Menorca* n° 1, Menorca, Nura y Sicoa, 1991 (1ª ed. 1936); y Josep Pons Lluch, *Origen religiós de les festes de Sant Joan de Ciutatella (Naixement, evolució i vida)*, Ciutatella, Edim, 1982.

determinar el heraldo de la cruz blanca, que han desembocado en lo que nos parece un rígido protocolo en la actualidad, pero que puede sufrir nuevas adicciones desde el momento en que la cultura de los pueblos está viva, en permanente actividad, nace de la vida local y va cambiando con ella.

Por último, esa data de introducción de la bandera, ante la imposibilidad de documentarla en el Archivo Municipal quemado durante el saqueo turco de 1558, está siendo acotada por los estudiosos hacia la segunda mitad del XVI, cuando los cautivos ciudadelenses que regresaron de Constantinopla o de los presidios de Argel mostraron así su agradecimiento a la lucha cruzada de los caballeros de Malta contra la amenaza islámica. Más vaga nos parece la hipótesis de incorporación del pendón durante los magisterios en la Orden de los mallorquines Rafael y Nicolás Cotoner (1660-1680), que fueron saludados con fiestas en las Baleares, y los cuales también intensificaron las caravanas de las galeras. En cualquier caso, habrá que proseguir la búsqueda de fuentes documentales o auxiliares, hasta precisar la incorporación de la insignia de la cruz ochavada a la cultura festiva menorquina.

Centauros en el solsticio estival del Mediterráneo

Lo que parece innegable es lo extendido de la celebración sanjuanista en la Europa mediterránea, a lo que no sería ajena la superposición del santoral cristiano sobre las fiestas paganas que saludaban al padre sol y a su hijo el fuego en pleno solsticio de verano, hallando un acusado paralelismo de tradiciones y festejos de los países católicos a los ortodoxos.

En este sentido, por San Juan las hogueras arden por toda la piel de toro, pero también el culto de la heliolatría con sus rituales de fertilidad y renovación describe una amplia parábola espacial desde Hélade a las Mauricio, de Escandinavia a la India, y adopta las más variadas simbologías. Sin embargo, aquéllas en las que el protagonismo lo tienen la exhibición de jinetes y la competencia de corceles parecen más privativas del mundo mediterráneo, y sus referencias cronológicas más familiares las hallamos en los órdenes de la sociedad feudal y la cultura caballeresca medieval.

Lo hemos visto en las carreras ecuestres de Cerdeña—la carnavalesca Sartiglia de Oristano es como la *s'ensortillà*, pero también hay similitudes en las Cavalcate de Sassari y Sedilo, los Palios de Fonni y la legendaria y cinematográfica Orgosolo, etc.—, en la comitiva hípica que forma la corporación de San Pedro Manrique para saludar a las *móndidas*—con una gran coincidencia en el vestuario de los concejales Sorianos y los *cavallers* menorquines— y se ha perdido en no pocos lugares, aunque en algunos casos representativos conservamos la memoria histórica, como, por ejemplo, en la Florencia medicea donde el amanuense de turno presencia en la fiesta mayor de San Juan “correr palios, y ciertos muchachos cabalgando llevan tantos pendones para ofrecer a la capilla cuantos lugares tiene la Señoría”.¹⁴ Centauros de sangre azul en el apogeo del verano.

Pero también, como un rescoldo de las costumbres atrabiliarias de la aristocracia, nos es casual que Baldasare de Castiglione en *El Cortegiano*, aun imbuido de los valores humanistas que habían cultivado las Academias neoplatónicas y aristotélicas italianas del Cinquecento, describa un nuevo arquetipo humano para el privilegiado, que, si bien ha de ser buen jinete para la guerra, también lo ha de ser para el arte cinagético que estaba suplantando a las obligaciones bélicas:

¹⁴ El testigo no es otro que el peregrino hispalense don Fadrique Enríquez, como anotamos en Pedro García Martín: *La cruzada pacífica...*, op. cit., p. 111. En cuanto a las fiestas manriqueñas véase *Historia* 16 n° 103, nov. 1984, pp. 115-121.

“Por eso cumple que nuestro cortesano (cuyo principal y más propicio oficio es el de las armas) sea muy buen caballero de la brida y de la jineta, y que no se contente con sólo tener buen ojo en conocer un caballo y ser diestro en menealle; mas aun trabaje de pasar algo más adelante que los otros en todo, de manera que se señale siempre y, como se ve de Alcibiades, que donde quiera que se hallase llevaba ventaja a todos, hasta en aquello en que ellos mayor habilidad tenían, así este de quien hablamos sea en la propia facultad de cada uno más excelente que todos aquellos con quien tratare. De suerte que en cabalgar a la brida, en saber bien revolver un caballo áspero, en correr lanzas y en justar, lo haga mejor que los italianos; en tornear, en tener un paso, en defender o entrar en un palenque, sea loado entre los más loados franceses; en jugar a las cañas, en ser buen torero, en tirar una vara o echar una lanza, se señale entre los españoles. Pero sobre todo, si quiere merecer aquella opinión general buena, que tan preciada es en el mundo, acompañe todas sus cosas con un buen juicio y una buena gracia... Y entre (muchos otros ejercicios) son los principales la caza y la montería, que en ciertas cosas se parecen con la guerra, y sin duda son los pasatiempos que más conviene a señores y a hombres de corte, y los antiguos los usaban mucho”.¹⁵

Y es que, en efecto en la España del Siglo de Oro, el juego de cañas era un género de pelea de nobles a caballo que siempre estaba presente en ferias y fiestas mayores, como el Corpus, la Inmaculada o San Juan. Aunque no faltaron las invectivas contra el mismo, como las procedentes de la acerada pluma de Francisco de Quevedo, que lo satirizaba por ser “de contagio moro” y por su frivolidad: “Qué cosa es ver un infanzón de España/ abreviado en la silla a la jineta/ y gastar un caballo en una caña”. No obstante, el arraigo de este divertimento estamental lo demuestra su cita reiterada en la novelística barroca, desde *El Quijote* de Miguel de Cervantes, en el pasaje en que Sancho rondando su ínsula Barataria encontró a una doncella que había roto el encierro cautelar a la que le había sometido su padre por el deseo de ver el mundo y sus maravillas, como las que le relataba su hermano “cuando oía decir que corrían toros y jugaban cañas, y se representaban comedias”, hasta *El diablo cojuelo* de Luis Vélez de Guevara donde el demonio travieso que era don Cleofás contempla a un grupo de señores sentados en una surtida mesa y piensa que no acabarán la media noche “sin haber concertado un juego de cañas para cuando Dios fuere servido”.¹⁶

A pesar de la parcialidad con la que enjuicia nuestras costumbres el viajero Barthelemy Joly, consejero y limosnero del rey de Francia que escribe su *Voyage en Espagne* después de un exhaustivo recorrido por el país en los años 1603 y 1604, llegando a decir de la aristocracia hispana que “la residencia en las ciudades bastardea su valor”, nos ha dejado una de las descripciones más vívidas de las cañas tomadas para el juego en lanzas, del siguiente tenor:

“Un número de caballeros buenos jinetes y hombres de caballo a la jineta, enmascarados y ventajosamente montados, soberbiamente vestidos a la morisca o turquesca, armados de adargas y con paveses ligeros de cuero o madera en el brazo izquierdo, en la mano derecha una lanza, dardo o azagaya llevado con arte, de suerte que el asta se oculta por abajo y el hierro únicamente se ve por lo alto del pavés, instruidos y asegurados, se reúnen en escuadrones de diversas libreas llamadas cuadrillas, cada una de las cuales tiene su cuadrillero, que conduce o manda a cuatro o seis u ocho. En esa acción

¹⁵ Baldasare de Castiglione, *El Cortegiano*, Venecia, 1528.

¹⁶ Miguel de Cervantes, *El Quijote*. Segunda Parte, Cap. XLIX; y Luis Vélez de Guevara, *El diablo cojuelo*, Madrid, Castalia, 1988, p. 83 y n. 8 (1ª ed. 1641).

acuden a la plaza para hacer su entrada, que es la acción principal del juego; los más soberbios envían por delante las mulas cargadas de cañas, cubiertas de brocatel por encima, los muleros vestidos de lo mismo, seguidos de pajes con libreas semejantes, llevando de la mano los caballos sobre los que sus amos deben montar. Entrando con ese aparato por una puerta de la plaza, que atraviesan al son de los oboes y sacabuches, volviendo a salir por la otra; llegan también sus amos en buen orden al punto, haciendo su entrada de diversas maneras: los unos dando una vuelta a la plaza, saludando, al paso corto; los otros sin decir palabra, corriendo como hacen los andaluces, cruzando de un extremo a otro la plaza en buen orden; otros entran por otros cuatro lados diversos, de cuatro en cuatro, o de dos en dos, corriendo en una carrera justa hasta detenerse en el lugar propio desde donde cada uno debe comenzar la carga. Colocados de ese modo rápidamente y sin desorden, cambian de caballos, dejando la lanza para tomar las cañas, y de ese modo preparados corren los unos sobre los otros de tres, de cinco o de cuatro; la caña en forma de venablo, que lanzan con la mano sobre el escudo de los contrarios, que, volviendo sobre su frente, les hacen volver la espada ligeramente y apartarse en una huida compuesta, arrojando prestamente los escudos sobre los hombros, con los que paran los golpes de aquellos que les persiguen, continuando los ataques, impulsos y huidas, cazas y defensas, siempre en gran orden, burlándose los unos de los otros para tomar aliento y cambiar prestamente de caballos. Finalmente hacen la carga general y se persiguen los unos a los otros con parecido orden y destreza, todo ello con gran arte y curiosidad. Al fin del juego, los que lo saben hacer (porque eso es muy difícil) corren lanzando al aire muy alto los palos, que llaman bohordos, antes de hacer la retirada, que es también artificial y con orden”.¹⁷

La alteridad lleva a los extranjeros a contemplar con recelo y con ideas preconcebidas las diversiones y festejos hispanos. Mas ello no impide que se admiren de ejercicios gentiles practicados por adiestrados jinetes aristocráticos en el juego teatral de luces y sombras del Barroco. Entre ellos tenemos las encamisadas nocturnas, en las que caballeros vestidos de blanco galopan con antorchas en la mano, arrojando a las damas que les miran desde ventanas y balcones botellitas con agua de rosas y azahar. Las mascaradas también se celebraban a la luz de hachas de cera blanca y faroles transparentes, y en las mismas comitivas ecuestres de cortesanos vestidos de seda y azabache, montados a la jineta en los mejores ejemplares de la cuadra enjaezados con primor, atravesaban las calles de Madrid hasta el patio del Palacio Real, donde realizaban varios requiebros empujándose para derribarse.

Pero, por encima de todos los divertimentos recreativos, se alzaría como un tópico reiterado hasta nuestros días las fobias y las filias que despertaba la tauromaquia. En este sentido, nos parece original el planteamiento que Madame D'Aulnoy hace de la corrida como un duelo justo entre iguales, como un reto a muerte “romántico” entre el hombre y el animal, cuyas reglas del juego serían las siguientes:

“Hay que haber nacido hidalgo y estar reconocido como tal para combatir a caballo. No está permitido sacar la espada contra el toro antes que él os haya ofendido. Consideran como ofensa el que os arranque de la mano la garrocha, es decir la lanza; o el que os haya derribado el sombrero o la capa; o el que les haya herido o a vuestro caballo o a alguno de los que le acompañan. En ese caso el jinete se ve obligado a llevar su caballo derecho al toro, siendo aquello un empeño, que quiere decir una afrenta que compromete a vengarse o a morir, y es preciso darle una cuchillada, es

¹⁷ Cit. por José Ma. Díez Borque, *La vida española en el Siglo de Oro según los extranjeros*, Barcelona, El Serbal, 1990, pp. 205-206.

decir, un golpe con su espada en la cabeza o en el cuello. Pero si el caballo sobre el que el caballero va montado se resiste a avanzar, al punto echan pie a tierra y avanzan animosamente contra aquel fiero animal. Van armados con un venablo muy corto y de tres dedos de ancho. Es preciso que los otros caballeros que están allí para combatir bajen también del caballo y acompañen a aquel que está en el empeño; pero no lo secundan para procurarle ventaja ninguna contra su enemigo. Cuando van todos de esa manera hacia el toro, si huye al otro extremo de la plaza en lugar de esperarles o de acudir a ellos, después de haberle perseguido algún tiempo, han dado satisfacción a las leyes del duelo.”¹⁸

Lo cierto es que los toros son indisolubles de la idiosincrasia ibérica y poco a poco irán mudando el desorden de las capeas y los encierros medievales por una reglamentación desde instancias municipales y reales. De forma que las corridas espontáneas que tenían lugar en recintos improvisados, como las que acompañaban al Corpus en Toledo en la explanada del Hospital Tavera o las que se celebraban con motivo de las Juntas de los ganaderos del Honrado Concejo de la Mesta, fueron dándose cada vez con mayor frecuencia en las plazas mayores y barrios intramuros de las ciudades, como es el caso de Madrid, Salamanca y la Maestranza de Sevilla, para acabar en el siglo XVIII con la construcción de cosos taurinos permanentes. Al tiempo empezaron a seleccionarse las ganaderías de bravo, descollando los hierros de más casta, surgieron los primeros diestros famosos –Pedro Romero, Costillares, Pepe-Hillo–, se fundó una Escuela de Tauromaquia, y, por fin, la distribución en palcos de la plaza de toros reflejará a modo de panal de colmena social el perfecto orden estamental.¹⁹

Lo que nos permite acabar en el principio. El caballo había sido sacralizado por la cultura aristocrática del Medioevo, como reza la cita luliana: “Al comenzar en el mundo el menosprecio de la justicia... se buscó entre todas las bestias la más bella, la más veloz y capaz de soportar mayor trabajo, la más conveniente para servir al hombre. Y como el caballo es el animal más noble y más conveniente para servir al hombre, por eso fue escogido el caballo entre todos los animales y dado al hombre que fue escogido entre mil hombres; y por eso aquel hombre se llama caballero”.²⁰ Desde entonces el ejercicio de la hípica, desde el ejército al deporte, ha sido atributo del estamento nobiliario y sólo la cultura de masas contemporánea empieza a participar de este elemento de ostentación social. Aunque, como la memoria del lenguaje es más rica que la del consumo, parece que nunca perderá sus resabios señoriales. Por eso, aún hoy, a los jinetes que practican la doma en las escuelas de equitación y a los maestros del arte del rejoneo en las plazas de toros se les da el apelativo de caballeros...

¹⁸ Ibídem, p. 218.

¹⁹ Pedro García Martín y Adela Mora Cañada, “Las fiestas populares en España. Siglos XVI-XVIII”, en *El tiempo libero...*, Secc. XIII-XVIII, XXVI *Settimana di Studi*, celebrada en Prato (Italia) del 18 al 23 de abril de 1994, organizada por el Istituto Internazionale di Storia Economica ‘Francesco Datini’. Atti a cura de Simoneta Cavaciocchi, Florencia, Le Monier, 1995, pp. 257-270.

²⁰ Ramon Llul, op. cit., Madrid, Alianza, 1992, pp. 27-28.